

NERON/REAGAN

THOMAS G. BUCHANAN

QUE gran actor se pierde el mundo!, exclamó Nerón cuando iba a morir.

Aún faltan dos años para que finalice el mandato de

Ronald Reagan y aunque el país que gobierna no se ha incendiado todavía, como Roma, reina en su atmósfera un olor acre, como si debajo de la superficie ardiese oculto un fuego, a punto de reventar en llamas en cualquier momento.

Nerón no nació con dotes especiales para gobernar. Fue elevado al trono por una madre ambiciosa, Agripina, y por Séneca, un afamado intelectual, preceptor suyo. Los dos creían que en cuanto fuese coronado, podrían manejarle.

Agripina envenenó a su último marido para sustituirlo por su hijastro con la ayuda de Séneca y otros políticos aliados. Nerón se cansó pronto de los consejos maternos de Agripina, y trató de ahogarla en una embarcación con una vía de agua, destinada a hundirse cuando estuviese lejos de la orilla. No lo consiguió. Entonces ordenó a un soldado de la guardia que la matase: era un método más seguro. La madre de Nerón, al saber que el hijo que ella había llevado dentro había ordenado su muerte, gritó al asesino: «¡Hiéreme en el vientre!»

Séneca felicitó a Nerón por el estoicismo con que aceptó el inoportuno incidente que le había privado de su madre. «Sentir dolor o aflicción por las desgracias ajenas», insistía Séneca, «es una debilidad que el sabio tiene que vencer; nada debe turbar su serenidad ni hacer tambalear su firmeza. Quiero pensar en la muerte o en una comedia con expresión inalterable».

Durante unos años, el eminente filósofo consiguió mirar con gesto impasible un montón de muertes, mientras vivía confortablemente junto al tirano. No veía contradicción alguna en la vida regalada que llevaba y la vida más frugal que él recomendaba a las masas vulgares. «Desprecio la riqueza», escribía el famoso estoico, «tanto si soy rico como si no; y si viene o se va la fortuna, me es indiferente».

Era más fácil escribir esto que vivirlo, y en el año 64 d.C., con Roma en llamas en torno suyo, Séneca empezó a sentirse lo bastante apegado a sus posesiones materiales y a su propia supervivencia como para implicarse en una conspiración destinada a poner a otro emperador en el trono, antes de que su discípulo destruyese el Imperio romano. Sin embargo, el poder tiene su propia lógica, y el emperador marioneta era ahora un tirano. Había matado al presunto heredero del trono, a su madre, a su primera esposa, y a la mayoría de los que le ayudaron a subir al poder. Ordenó a Séneca que se quitase la vida; y Séneca —estoico hasta el final— se suicidó.

Este es, más o menos, el consejo que Ronald Reagan ha venido dando a los financieros que le ayudaron a ganar las elecciones. Durante los dos últimos años, les ha estado diciendo: «¡Invertid!»: mientras que, al mismo tiempo, les hace imposible conseguir préstamos, tanto a ellos como a sus posibles clientes. Se han mostrado reacios a embarcarse en esa nave agujereada, y se han quedado prudentemente en tierra, donde ahora les acecha otro peligro. El desempleo se aproxima al 10 por ciento —el índice más elevado desde hace medio siglo—, y las quiebras que se están produciendo son las más altas desde la Depresión de los años treinta. La construcción, el mercado del automóvil, y todas las demás industrias que requieren inversiones que sólo se pueden financiar mediante

créditos, han ido hundiéndose desde que la política de restricción monetaria del Gobierno elevó los tipos de interés de los préstamos a la producción a niveles astronómicos. ¿Qué ocurrirá cuando los bancos empiecen a ejecutar las hipotecas, de la misma manera que hicieron en el decenio de 1930, y los millones de propietarios de viviendas se vean amenazados de repente con la pérdida de sus casas porque no encuentran ya la forma de refianciarlas con tipos de interés corrientes? ¿Y qué sucederá cuando se les diga a los jóvenes negros —el 40 por ciento de los cuales no encuentran trabajo— que no hay fondos para pagar sus subvenciones? Poco antes de los devastadores derroches de los años sesenta, un autor negro escribió un libro al que le puso un título profético: decía que sería «El incendio la próxima vez».

Lo último que Séneca deseaba cuando ayudó a Agripina a poner a su hijo en el trono era provocar una conflagración. Cuando los republicanos de derechas de los Estados occidentales de Norteamérica consiguieron poder en su partido de manos de los del nordeste como Rockefeller, «legítimo heredero» de la candidatura del partido, todo lo que pretendían era reducir impuestos y aumentar los gastos de defensa nacional, ya que las industrias que se benefician de los contratos de las fuerzas armadas se encuentran principalmente en esa parte del país. Para financiar este programa proponían recortar las asignaciones de todas las demás actividades del Gobierno... y de manera especial todas aquellas que benefician a los sectores más necesitados de la población.

Este programa elitista tenía que disfracarse, a fin de que saliese elegido su candidato —circunstancia con la que Agripina no se tuvo que enfrentar—; así que los Sénecas modernos idearon una teoría económica que lo hiciese tragable tanto por los pobres como

NERON/REAGAN presencia en el tiempo

por los ricos. Dijeron que si se eliminaban los fondos públicos que se malgastaban en haraganes en paro que no hacen un verdadero esfuerzo por encontrar un puesto de trabajo y en los burócratas inútiles de Washington (o sea, cualquiera menos ellos), podrían reducirse los impuestos de todas. Lo que hacía falta era encontrar a alguien que supiese transmitir este mensaje a la gente de forma convincente. ¿Quién podía hacerlo mejor que un actor? Esa es la razón por la que escogieron a Ronald Reagan, quien llevaba casi cuarenta años leyendo lo que otros escribían para él. A nadie se le ocurrió que, una vez elegido, pudiese componer sus propios textos.

Nerón era actor también -circunstancia que suele olvidarse-, y su mayor placer era aparecer en el escenario a leer versos. Es difícil decir si fue buen actor o no, según los niveles romanos de la época; desde luego, fue el más aplaudido. Cuando las llamas empezaron a propagarse en la ciudad, Nerón hizo lo que mejor sabía hacer: cogió la lira, y entretuvo a las víctimas de la conflagración con apropiadas melodías sobre otros incendios; como el de Troya, por ejemplo.

Los enemigos de Nerón culparon al emperador de incendiar Roma; pero nadie puede incendiar una ciudad, y lo más que se puede decir de Nerón es que no adoptó ninguna medida efectiva para apagar las llamas, una vez que habían empezado. Esto es lo más que se puede decir de Reagan también. Los financieros de Wall Street llevan meses diciéndolo. El presidente de Francia ha cruzado el océano para repetir la advertencia de que las llamas se propagarán si no se extinguen. Los republicanos del Congreso le han estado diciendo a Reagan que tendrá una legislatura hostil durante los dos últimos años de su administración, si la economía nacional no mejora antes de las elecciones de otoño; pero estas perspectivas no parecen preocuparle demasiado. Espera hacer uso del veto presidencial para bloquear cualquier legislación que él no apruebe y en caso necesario, «pedirá las rentas al pueblo» en una charla presidencial por televisión, medio de comunicación social que a Reagan le sirve de lira.

Nerón pidió las rentas al pueblo, también, cuando tuvo dificultades con el senado romano. Algunos políticos le criticaron sus derroches personales. Consideraron de no muy buen gusto -cuando miles de conciudadanos vivían en los restos carbonizados de sus

infortunadas viviendas- el que el emperador ordenara la construcción de la *Domus aurea*, casa dorada que debía servirle de palacio. Ni se mostraron contentos cuando la segunda mujer de Nerón (porque Nerón se casó dos veces, exactamente como Ronald Reagan) empezó a dilapidar el erario público con fiestas fastuosas, y a aparecer en público a la cabeza de una procesión de 500 burras, en cuya leche se bañaba a la más ligera provocación (hazaña que, aunque la antigua pequeña estrella cinematográfica Nancy Reagan da un montón de fiestas, no ha intentado ni una sola vez en la Casa Blanca).

Cuando los senadores de Roma acusaron al emperador de amenazar la economía nacional gastando más de lo que ellos podían recaudar mediante impuestos, Nerón encontró el medio de resolver el desequilibrado presupuesto: confiscó todas las fortunas privadas de los miembros del senado romano. Consiguió el apoyo de los plebeyos contra los aristócratas mediante medidas demagógicas de este género, así como con espectáculos y juegos a los que el público era invitado. Un detalle característico de los espectáculos que ofrecía en los circos romanos era la ejecución de una secta subversiva de malhechores conocidos con el nombre de cristianos, quienes, según reveló el emperador, eran los responsables del incendio de la ciudad. Es la técnica que Goering utilizó después de la quema del Reichstag. Nerón mandaba a los gladiadores que despedazaran a los cristianos mientras el público manifestaba a gritos su aprobación. Mandaba que los supervivientes fueran untados de resina, se les prendiese fuego, y sirviesen de antorchas para iluminar las fiestas que daba Popea.

La infortunada Popea, que había disfrutado inmensamente durante su breve reinado como emperatriz, falleció a consecuencia de una pelea doméstica. Nerón le dijo un puntapié en el vientre. Se encontraba embarazada, entonces. El golpe fue fatal.

Nerón no la sobrevivió mucho tiempo. Consiguió sofocar una sublevación de los aristócratas, cuyo primer entusiasmo por él se enfrió cuando empezó a confiscar sus bienes. Pero la segunda consiguió triunfar.

A Ronald Reagan le quedan todavía dos años más. Nosotros, evidentemente, tenemos muchos más días emocionantes por delante. ■ T. G. B. (Trad.: Francisco Torres Oliver.)

TIEMPO DE HISTORIA

Director:
EDUARDO HARO TECGLÉN

En su número 90, de mayo

TIEMPO DE HISTORIA

incluye estos temas:

- EL CONTUBERNIO DE MUNICH, por Fernando López Agudín.
- LA CAIDA DE MALAGA Y SUS TRAGICAS ENSEÑANZAS, por Rafael Tenorio García.
- JULIAN ZUGAZAGOITIA, UN REPRESENTANTE DE AQUELLA ESPAÑA, por Elias Cedrún.
- LA II REPUBLICA Y LA CUESTION MARROQUI, por Fernando López Agudín.
- LA CIUDAD DE KAFKA Y DE KUNDERA: PRAGA Y SUS FANTASMAS, por Carlos Fuentes.
- HACE SESENTA AÑOS: EL TRATADO DE RAPALLO, por José María Solé Mariño.
- VENEZUELA EN LOS RECUERDOS DEL EXILIO, por Carlos Sampelayo.
- ESPAÑA 1952: Selección de textos y gráficos, por Fernando Lara.
- LA VOZ DE APOLO: DELFOS, por Miguel Angel Martínez Artola.
- LIBROS: TRANSICION DE LA ANTIGÜEDAD AL FEUDALISMO EN ESPAÑA, por Salustiano Moreta.
- CINE: «FARAON», LA VIVISECCION DEL PODER, por Alberto García Ferrer.